

## DOS OLVIDOS Y MEDIO

Por Guillermo Zapata  
(Licencia Creative Commons CC-BY-SA)

Esta historia empieza con un niño que corre en la oscuridad. Yo no lo vi, claro, pero ahora estoy segura. Tan segura estoy de que empieza con un niño que corre en la oscuridad como estoy segura de que ahora mismo es de día. El niño tiene 13 años, un anorak de color rojo y corre que se las pela. Se llama Miguel.

En ese momento, cuando empieza la historia quiero decir, no tiene miedo. Simplemente está corriendo a oscuras, esquivando los coches de un parking subterráneo. Es posible que no llegue a tener miedo nunca. Eso no lo puedo asegurar porque “son conjeturas”, y a Sherlock Holmes no le gustan las conjeturas. Le gustan los hechos Y yo no tengo datos que me permiten saber si el niño tuvo miedo o no. Tampoco es muy importante si tuvo miedo o no. Lo importante no es eso. Lo importante es que desapareció.

Oh si.

Y nadie volvió a saber de él hasta que el segundo niño corrió en la oscuridad del parking. Y el segundo niño tenía miedo. Eso son hechos. Lo sé porque lo descubrí. Así que, ya ves, Sherlock. No esperabas tener una competidora y aquí estoy. ¡Ja!. El segundo niño se llamaba Nacho, y vaya si tenía miedo.

Un buen detective sabe siempre cuándo hay algo que no encaja, y en nuestro colegio había algo que no encajaba. También necesita una gabardina, una pipa, un violín y un ayudante que escriba sus memorias. A poder ser, médico. Y necesita un caso, claro. Alguien tiene que contratarle para que descubra algo, lo que sea que está mal. El detective pone en orden las cosas. Arregla algo que está roto, digamos. Como es más listo que el resto, observa y se da cuenta. Esta es la verdad. Lo expuse en mi trabajo sobre “El Sabueso de los Baskerville”. Me pusieron un ocho, aunque creo que merecía un 10, pero bueno.

Y ahí empezó el misterio, el “algo que no encaja”. Yo no tenía un cliente, ni una gabardina ni una pipa (aunque intenté que mi padre me comprara una, pero era de juguete y daba un poco de vergüenza llevarla como si fuera material profesional) Tampoco sabía tocar el violín, pero eso podría aprender. En cuanto a la gabardina, bueno, en este caso prefería mi vestido de color azul, pero como era invierno tenía que llevar un anorak de color amarillo que me había regalado mi abuela y que parecía obligatorio ponerse para no hacerle un feo, aunque ella no se iba a enterar de si me lo ponía o no.

¿Mi nombre? Claro, por supuesto. Me llamo Beatriz Abad Chamorro. Por favor, no te olvides. Eso es lo más importante. Tengo trece años y ahora soy detective. Soy la mejor detective del mundo por motivos que entenderás si sigues leyendo. En serio, sigue leyendo, nos vendrá bien a los dos.

El trabajo del “Sabueso de los Baskerville”, que es una historia de Sherlock Holmes que es como de miedo un poco, porque es dónde más cerca está el autor (que es Sir Arthur Conan Doyle) de “afrentar lo sobrenatural”. Eso lo puse en el trabajo y me quedé muy a gusto poniendo en eso. Me parecía como de más mayor: “Afrontar lo sobrenatural”.

Al final, como en todas las historias de Sherlock Holmes... De sobrenatural, nada. Hechos, lógica, una cosa sigue a la otra. Ese es el método detectivesco.

Perdón, decía que el trabajo del “Sabueso de los Baskerville” es dónde empezó el caso, porque es dónde empecé a notar que algo no iba bien.

Para empezar había una nota en mi cuaderno de clase que decía “Holmes necesita a Watson”. Pero no estaba escrita con mi letra, sino con la letra de otra persona. Estaba escrito, además, con un bolígrafo de color azul. Yo uso bolígrafo de color negro. Pregunté a varias personas de clase si me habían escrito eso en el cuaderno y todas me dijeron que no. En concreto me dijeron “no seas tonta” y “¿Para qué íbamos a escribir nada en tu cuaderno, idiota?”. Pero eso son opiniones, no hechos. Así que el martes a la hora del recreo me quedé en clase en vez de salir a jugar y tuve que revisar todos los cuadernos. Había doce escritos con bolígrafo azul y ninguno tenía esa letra. Mirando los cuadernos me di cuenta de que en clase éramos 27 personas. La única que no tenía pareja para hacer el trabajo de Sherlock Holmes era yo. Extraño, aunque no concluyente.

“Holmes necesita a Watson” no es la típica cosa que le escribes a otra persona en un cuaderno. Normalmente haces una broma, un tachón o algo así. Y si te gusta, pues le dibujas un corazón. A mí no es que no me guste nadie, pero me cortarían las manos antes de dibujar ningún corazón en ninguna parte. Con lo de que “no es la típica cosa que escribes en un cuaderno de clase” quiero decir que lo que decía era interesante. De hecho, lo puse en el trabajo y el profe de lengua me dijo que era una de las cosas que más le había gustado y eso fue raro también, porque sentí que estaba usando las ideas de otra persona. Sentí que estaba mintiendo un poco. No en plan grave, pero sí como ocultando algo.

Así que, ¿quién era la persona que me había escrito en el cuaderno? ¿Alguien que no era de clase se había metido en clase y me había escrito eso en el cuaderno? Bueno, tendría que ser alguien que conociera lo suficiente a Sherlock Holmes. Eso nos dejaba dos posibilidades. O era alguien de la otra clase, del “b”, que también estaban estudiando lo mismo o era alguien más mayor, que ya lo hubiera estudiado.

El trabajo de detective es metódico y concienzudo, además en este caso no tenía prisa. Tarde siete días en colarme en las cinco clases que había por encima de la mía y en el b de mi curso. Esperaba al recreo y luego me metía en las aulas a mirar los cuadernos de todo el mundo. Si me pillaban me inventaba alguna mentira, como que estaba buscando algo de una amiga o que me había despistado. Como no me llevaba nada, a nadie le importaba demasiado que yo andara por allí. Al menos eso pensaba yo.

El séptimo día me llamó la psicóloga del colegio.

Quería saber “qué me pasaba” y “por qué estaba siempre sola”. Era imposible explicarle que estaba con un caso, así que me encogí de hombros en plan mustio. Me pregunto si era “por lo de mis padres”. Le dije que no. Pero estoy segura de que no me creyó.

Mis padres se están separando. Bueno, se llevan separando mucho tiempo, como que parecía que se iban a separar, pero luego no. Se iba mi padre de casa y luego volvía y así. Se llevaban mal. Se enfadaban todo el rato por cosas muy ridículas como quién tenía que ir a comprar no se qué o si uno llegaba tarde y la otra trabajaba mucho o muy poco. A veces me llevaban con mi abuela unos días y cuando volvía a casa “se suponía” que ya se habían arreglado, pero no hacía falta ser Sherlock Holmes para ver que no era así.

La psicóloga me dejó marchar diciéndome que podríamos hablar cuando yo quisiera y que quizás se iba a poner en contacto con mis padres. Por si eso no fuera suficiente, los cuadernos de las clases no me dieron una sola pista. Bueno, me dieron muchas pistas de quién estaba por quién, quién le había pasado notitas a quién y cosas así, pero nada importante realmente. Nada sobre mi caso.

De lo que sí me di cuenta es de que no todas las clases eran pares. Además de la mía había otra impar, de un curso superior. Seguía siendo raro, pero un poco menos y, en cualquier caso, tampoco era concluyente.

Creo que en la siguiente parte del caso tuve suerte, pero también paciencia y dotes de observación.

Mi colegio tiene varios edificios. Uno de pequeños, otro diferente para los de nuestra edad y en el piso de arriba al nuestro los que ya van a ir a grados superiores y a la universidad. Los pequeños salen a un patio en su propio edificio, nosotros a otro y a los mayores los dejan ir a la calle en el recreo, pero todos compartimos el mismo polideportivo.

El polideportivo está un poco alejado del colegio. Hay que ir andando por la calle y luego se llega. Se tarda menos de cinco minutos desde la puerta del edificio dónde estudiamos los de mi edad (13 años) hasta la entrada. Es un polideportivo al aire libre y está encima de un parking. Es enooooorme. Sé que esta no es una descripción muy científica, pero es que es grandísimo. Tiene dos campos de fútbol, dos de baloncesto, un foso para hacer salto de longitud (pero que no tiene arena, así que lo usan los mayores para sentarse y fumar) y una pista de patinaje. Además hay mucho hueco entre medias. Quienes nos quedamos a comer en el colegio en vez de ir a casa pasamos muchísimo rato allí en el polideportivo, que sigue abierto también por la tarde hasta no se qué horas.

Fue en el polideportivo dónde vi al perro. El perro era un Beagle (eso lo miré después en Internet) de color marrón con manchas blancas. Aún no era adulto, pero no era un cachorro, estaba entre medias. Y lo más importante de todo: Llevaba correa. Un perro suelto con correa es un perro perdido, así que me entretuve mirándolo. Hacía un recorrido más o menos fijo, como si buscara algo. Se movía entre las pistas y después hacía algo muy extraño. Iba hasta la pista de patinaje, que estaba al “fondo fondo” del polideportivo y la atravesaba hasta una pequeña superficie que estaba más allá. Ahí se quedaba quieto, mirando como hacia abajo, y después volvía y repetía el camino.

Supongo que al principio no lo relacioné con el caso, pero si se despertó mi curiosidad. Así que después de verle dar tres o cuatro vueltas repitiendo el mismo patrón durante varios días decidí acercarme a él. Cuando lo hice, lejos de ponerse nervioso se me acercó y me lamió en las manos y, sin saber yo mucho de perros porque mi padre es alérgico al pelo de los animales y no tenemos en casa, me dio la sensación de que me conocía. La correa era de color granate y tenía una placa detrás. Lo que leí en la placa hizo que se me acelerara el corazón.

“Mycroft. C/ San Roberto 8. 3º B. 28008. Madrid”.

¡Mycroft! Mycroft es el hermano de Sherlock Holmes, por si no lo sabes. A mi me cae mal, porque es como estirado y... Bueno, Holmes también es estirado, pero me cae bien. Holmes es estirado porque no puede evitarlo y Mycroft es estirado porque le da la gana. Pero bueno, eso no es lo importante. El perro se llamaba Mycroft.

¿Qué posibilidades había de que un perro perdido en un polideportivo se llamara como un personaje de Sherlock Holmes? ¿Justo el libro que estábamos trabajando en clase? ¿Justo el libro por el que me habían dejado una nota secreta en mi cuaderno?

Eran demasiadas casualidades para dejarlo pasar y, aunque no existía ninguna prueba que vinculara la nota de mi cuaderno, mi sensación de extrañeza, la familiaridad del perro conmigo y el nombre, eran demasiadas cosas juntas para dejarlo estar. Además era un perro perdido con una dirección en su cuello que debía volver a sus dueños. Así que eso hice. Cogí al perro y me lo llevé.

Hay cuatro formas posibles de fuga del polideportivo. Mi favorita es una apertura en la verja negra detrás del muro con la pintada que pone “YallahG4nG”. Desde ahí tienes que cruzar una especie de descampado pequeño que da a la iglesia del barrio y que está pegada al colegio. Recorrer el descampado pequeño es, digamos, fácil, pero hay que tener cuidado para que no te vean. Tenía una hora para ir y volver antes de que tuviéramos que empezaran las clases de la tarde. Así que cogí a Mycroft en brazos, me escondí, me deslicé, corrí y me escapé. Sencillo y fácil.

Tuve que preguntar a un par de vecinos para que me indicaron dónde estaba la calle que, como era de esperar, (o más bien de deducir) no estaba muy lejos. Había muchas niñas y muchos niños del barrio que venían al colegio y era muy raro que un perro se hubiera perdido allí viniendo de muy lejos. No. Era un perro del barrio de una calle del barrio.

– ¡Hola! He encontrado a Mycroft. Se había perdido. Está aquí abajo.

La respuesta que yo esperaba era algo parecido a “por fin, qué maravilla, muchas gracias, ¿no serás detective? Eres una gran detective, Beatriz”, pero lo que se produjo en el interfono de la casa fue un silencio demasiado largo seguido del desbloqueo de la puerta. Me abrieron sin decir nada y, de pronto, aquella casa se volvió inquietante.

Sherlock Holmes insiste en que sólo debemos fiarnos de los hechos, pero me era muy difícil ignorar las sensaciones. Y yo en ese momento tenía algo de miedo. Mycroft, sin embargo, estaba nerviosísimo y daba vueltas feliz.

Llamé a la puerta en el tercero B y me abrió una mujer de cuarenta y pocos años que me sonó inmediatamente de haberla visto en el colegio, pero era un recuerdo lejano, desdibujado. Como si faltara todo lo que había alrededor del mismo. La reconocía y, a la vez, me faltaba algo. Mycroft tiraba de mi para entrar con una fuerza que me obligó a sujetarle con las dos manos a la correa.

– He encontrado a Mycroft.

La mujer pestañeó, como si tuviera delante de ella un invento extraordinario e imposible de comprender y no un perro. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se quedó a medio camino. Luego se encogió un poco, como si un rayo invisible pero no muy poderoso la hubiera atravesado y sus ojos se humedecieron.

– ¿Qué? – dijo.

– ¿No es éste su perro? – dije yo.

Y Mycroft tiró tan fuerte de la correa que se me escapó y entró corriendo en la casa, colándose entre las piernas de la mujer que estaba delante de mi, que tampoco hizo nada por evitarlo.

Las dos nos quedamos mirándonos con un gesto un poco bobo, sin saber qué hacer. Ella miró entonces al interior de la casa, volvió a mirarme a mi y de nuevo al interior de la casa. Yo escuchaba perfectamente a Mycroft que estaba arañando con las patas una puerta que yo no podía ver.

De pronto, la mujer pareció despertar. Aunque fue más bien como si a su cuerpo llegara alguien que hubiera estado de paseo “por ahí fuera”. Ella reaccionó con alarma y gritó llena de preocupación.

– ¡No! ¡No entres ahí!

Salió del quicio de la puerta y también se dirigió al interior. Yo seguía parada allí sin saber muy bien si debía entrar o no. Al fin y al cabo, nadie me había invitado. Pero un detective no puede estar esperando siempre que los demás le dejen pasar a su casa y se lo den todo hecho, así que me adentré en la casa con pasos cortos y estirando mucho el cuello. No me costó mucho porque tengo el cuello bastante largo, motivo por el cual se han reído de mí en algunas ocasiones los imbéciles con los que comparto clase.

Al atravesar la entrada se llegaba al salón, del que no recuerdo mucho más allá de que estaba muy recogido y, a la izquierda del mismo había un corto pasillo que daba a la habitación dónde había conseguido entrar Mycroft que ahora miraba en dirección al salón con las patas puestas en el suelo en señal de “perro bueno” y con un gesto que, sin saber mucho de perros, calificaría de sorpresa. En el pasillo estaba la mujer que me había abierto, apoyada en una de las paredes y con las rodillas semiflexionadas.

Estaba llorando.

Se notaba por cómo se movía su espalda con un ritmo tembloroso y también se podía oír muy bajito el gimoteo y “el sorbeteo” de los mocos en la nariz.

Yo seguía sin saber qué hacer hasta que, de pronto, detrás de Mycroft, en una mesa llena de papeles con dibujos, vi un cuaderno como el mío del colegio. De nuevo se me aceleró el corazón. Avancé por el pasillo otra vez con pasos cortos y el cuello estirado, como si mi cuello fuera quién estaba diciéndole a todo el resto de mi cuerpo: “adelante”.

Conseguí superar a la mujer que seguía llorando con un gesto terrible de desconcierto y angustia, como si no entendiera sus propios sentimientos... Y me metí en la habitación.

No recuerdo nada de la misma y sé que ésto dice muy poco a mi favor como detective, pero es la verdad. No sé que pósters había en las paredes, no sé si la cama estaba hecha o sin hacer, no sé si había ropa por el suelo. No sé nada. Sólo me importaba el cuaderno.

Igual que tenía extendido mi cuello, extendí mis manos hacía mi objetivo. La verdad que vista desde fuera podría muy bien ser un zombie con una posición antinatural. Pero no, era yo centrada en mi objetivo. El tiempo parecía pasar más despacio y la distancia entre mis dedos y el cuaderno crecía, en vez de decrecer. Pero finalmente me hice con él. Y al hacerlo, como si hubiera encendido algún tipo de alarma, la mujer empezó a chillar.

– ¡Largo! ¡Fuera, fuera de mi casa! ¡Fuera de aquíiiii!

Era un grito que terminaba en chillido y se hacía cada vez más agudo. No parecía enfadada, sino algo peor. Como si chillara porque ya no podía soportar más lo que estaba sucediendo, pero una energía extraña le hubiera pegado las pies al suelo, porque no se movía. Seguía fija, inmóvil completamente.

Así que hice lo que me pedía y salí corriendo con el cuaderno abrazado al pecho. Tuve que pasar a su lado, pero ella estaba demasiado descompuesta para seguirme o preocuparse. Mycroft, sin embargo, tomó una decisión que, me temo, selló su destino, y salió corriendo detrás de mí.

No me metí en el ascensor del pasillo, sino que bajé la escaleras lo más rápido que pude, saltando los peldaños a veces de tres en tres, como si me persiguiera alguien. Pero nadie me estaba persiguiendo. Bueno, Mycroft sí, iba detrás de mí ladrando como un loco, pero Mycroft era un aliado, no un enemigo.

Al llegar a la calle, aún respirando agitada pensé que, de alguna forma, había avanzado muchísimo en el caso gracias a mi valentía y arrojo. Y eso que aún no había leído el cuaderno. Decidí hacerlo al llegar a casa, porque tenía que volver al colegio sin ser vista o tendría una nueva conversación con la psicóloga.

La verdad, no se como aguanté en las dos clases que me quedaban por la tarde sin leer el cuaderno. Supongo que tengo un enorme autocontrol y una gran paciencia. No digo que sea bueno que yo me lo diga a mi misma, pero es lo que me parece más sensato. Cualquiera de los de clase se habría puesto a leer el cuaderno en plena calle, no habría llegado a tiempo y habría acabado dando explicaciones ante la psicóloga, que tenía en pelo muy corto y sucio y olía “regular mal”. O peor, ante sus padres. Pero yo no.

Yo llegué a casa, saludé a mi madre y me encerré en la habitación. Si, tenía que merendar, pero una cosa era contener las ganas en clase y otra en casa. Ya comería después de saber cómo de lejos habían llegado mis descubrimientos.

Abrí el cuaderno y me puse a leer. Lo que encontré fue... Sorprendente y frustrante a partes iguales. Y, sobre todo, me dio mucha, mucha rabia.

Aquel chico del cuaderno era un imbécil de primera categoría. Un presuntuoso, un creído, un idiota. Y eso no era lo peor, lo peor era que hablaba de mi en sus estúpidas notas a modo de diario. De mi, o más bien de una versión de mi inventada y absurda.

Se llamaba Nacho, eso estaba escrito en la primera página y, si yo tenía que creerme lo que ponía el cuaderno... iba a mi clase. Por si aquello no fuera suficiente se supone que, por sus notas, estaba haciendo conmigo el trabajo sobre Sherlock Holmes y según él yo estaba resultando muy molesta con mis opiniones.

Me entró mucha rabia al leerlo. Tanta que me puse a llorar y arrugué algunas páginas. La nota aquella de “Sherlock necesita a Watson” era suya y se ve que era su manera de decirme que él era Sherlock y yo Watson. Estúpido, estúpido, estúpido.

No salí a comer. No quería hacer nada. La rabia y la tristeza se mezclaban y no me dejaban pensar. Intentaba decirme que todo aquello era una broma, una estupidez, pero sabía (lo sabía porque soy LISTA, estúpido, no soy ninguna ayudante doctor herida en Afganistán) que pensar que aquello era una broma era, de alguna forma, más complicado y difícil de explicar que lo que parecía ser la verdad de los hechos. Que ese chico, efectivamente, había estado haciendo el trabajo conmigo y yo lo había olvidado. Lo cual, por otro lado, parecía adecuado, porque ¿quién querría recordar a semejante imbécil? Nadie, ya os lo digo.

Pero tardé mucho en llegar a esa conclusión. Mucho es mucho. Estuve tres días sin mirar el cuaderno, llena de rabia, y frustración. Aunque en mi cabeza lo que había escrito ocupaba casi todo el espacio, no quería volver a leerlo ni a verlo ni nada. Me puse tan mal que la psicóloga volvió a llamarme y yo intenté guardarme todo dentro, pero no me salió y me puse a llorar y al llegar a casa estaban mis padres que también se pusieron a llorar y a decirme que iban a intentar hacerlo todo bien por mi, lo cual fue a la par reconfortante y aterrador porque hasta ese momento yo no había pensado que las cosas de mis padres tuvieran demasiado que ver conmigo.

Volví sobre el cuaderno cuando pensé que, por mucho que dijera ese tal Nacho, yo había conseguido llegar hasta su cuaderno sola, aunque le hubiera olvidado. Y, de momento, me había

quedado con su perro. Porque Mycroft se había quedado alojado en mi casa temporalmente (porque mis padres estaban en modo “hacerme caso con todo”) lo cual me vino muy bien.

Al leer las últimas páginas del diario fue cuando descubrí lo del parking y el chico valiente del anorak rojo. El tal Nacho tenía un compañero en su equipo de Baloncesto (en una de las actividades extra escolares) Por como hablaba Nacho del baloncesto en el cuaderno no creo que se le diera muy bien, pero se había dado cuenta de algo parecido a lo que había notado yo: Que algo no funcionaba bien porque, de pronto, el equipo había salido a jugar a un partido con cuatro jugadores y todo había sido extraño y confuso, porque... Como que el equipo no asumía que faltaba alguien. La verdad que el tal Nacho describía bien la sensación y tenía un diario, así que es posible que el único Watson fuera él. Al leer lo que había escrito llegué a la conclusión de que eso era exactamente lo que le pasaba a esa mujer que estaba en la casa dónde encontré el cuaderno y que ella era, lógicamente, su madre.

Acordarme de la madre de Nacho llorando en el pasillo, asustada y confundida, me hizo sentir lástima por ella y un poco preocupación por el propio Nacho, a quién empecé a ver como alguien demasiado listo para su propio bien. Porque si hubiera confiado en mi lo suficiente ahora no estaría en... bueno, en el lío en el que se había metido.

La última entrada del cuaderno, fechada hacia nueve días, decía que creía que ese chico que había desaparecido, Miguel, se encontraba atrapado en el parking que había debajo del polideportivo. Y aquello cuadraba bien con el trayecto que había visto hacer a Mycroft. Muy probablemente estaba intentando reconstruir los pasos de su dueño. Así que lo primero que hice fue acercarme al polideportivo e ir hasta el fondo del mismo.

Nunca había estado en aquel sitio más que para recoger alguna pelota que se nos había escapado en algún juego de la pista más cercana. Lo que había allí era, básicamente, el respiradero del propio parking. Si se miraba había abajo se podían ver las tres plantas de coches y, en el fondo, cuando la luz del sol le daba verticalmente, el suelo del respiradero. Era muy grande, unos quince metros cuadrados y estaba cerrado con una reja en forma de cuadrícula.

Estando allí fue como recordé un juego que hacían los mayores. Cogían unas llaves, a veces de forma voluntaria y otras contra tu voluntad y la tiraban por el respiradero. Con lo que había que ir al otro lado del polideportivo, colarse en el parking, recorrer las tres plantas a oscuras y salir a la luz a recogerlas. No valía hacerse el valiente sin más, si tiraban las llaves había que bajar a recogerlas.

Eso era lo que Nacho suponía que había hecho Miguel. Había bajado allí y... La gente se había olvidado de él.

Quizás, me dije entonces tumbada contra la rejillas del respiradero boca abajo... Quizás seguía allí. Y Nacho también. Porque lo que decía la última entrada de su cuaderno es que iba a ir a buscarle.

Probablemente si se hubiera fiado de mi y me hubiera contado lo que estaba pasado no habríamos podido urdir un plan para resolverlo, pero Nacho pensaba que yo era una Watson y ahora estaba atrapado y olvidado. O casi olvidado, porque gracias a mi sabíamos la verdad.

La cuestión era... ¿Qué hacer? ¿Que había allí abajo?

Mirando por el respiradero no parecía que pasara nada amenazante. Los coches entraban y salían y... todo era normal. Había un guarda de seguridad en la garita de aspecto fuerte y atento con un tatuaje en el brazo y... Nada más. Pero era evidente que había mucho más que eso porque si no no habría desaparecido dos chicos y, sobre todo, no los habríamos olvidado. Es más, entonces empecé

a pensar que quizás eran muchos más lo posibles desaparecidos, quizás niñas también, desaparecidos y olvidados, ¿por qué no? En el olvido cabe mucha gente. Es infinito.

Así que algo más, algo siniestro, debía pasar allí abajo, pero no había ninguna pista en el cuaderno.

La última entrada explicaba también los preparativos de Nacho para bajar y el miedo que tenía. Lo que os dije. Esta historia empieza con un chico que corre sin miedo por un parking a oscuras porque no sabe lo que le espera y sigue con otro chico que baja a buscar al primero muerto de miedo porque no sabe exactamente lo que le espera, pero desde luego nada bueno. La pregunta, insisto, era... ¿Cómo iba a acabar la historia?

Sólo había, en realidad, dos caminos, o contaba lo que sabía o me enfrentaba a ello. Descarté muy rápidamente lo de contar lo que sabía, no sólo porque no me iban a creer, sino porque el efecto que esta sensación entre el olvido y el recuerdo producía, parecía trastornar mucho a los adultos. No podía olvidar la imagen de la madre de Nacho abriendo la puerta desconcertada, viendo a su propio perro y, después, llorando. Además, ¿a quién se lo iba a contar? La psicóloga pensaría que no era más que un truco para llamar la atención de mis padres y mis padres algo parecido.

Y no había nadie más.

Si, se lo que estáis pensando. ¿Acaso no tenía yo alguna amiga, alguien en clase o en el barrio que me pudiera ayudar? Y la respuesta es no. Digamos que si yo desapareciera no sería difícil que me olvidaran. Nunca me había sentido mal por ello, al fin y al cabo la gente está sola en varios momentos de su vida. Mi padre no era capaz de estar sólo, pero yo sin embargo, sí. Me había tocado en el colegio, pero no importaba. Tarde o temprano tendría amigos.

Aunque es posible que ese chico, Nacho, de alguna manera... Fuera mi amigo también. Un poco. No estaba segura porque lo había olvidado, pero es posible que lo fuera, ¿no? Aunque pensara que yo era Watson y él Sherlock. Los amigos también se equivocan, claro que si. Elemental. O igual yo creía que él era mi amigo y él pensaba que yo era una idiota metomentodo. Cuando pensaba esas cosas volvía a ponerme roja de rabia y no quería ayudarle, pero luego pensaba que igual había sido al revés. Igual era él quién quería ser mi amigo y yo no había sabido como hacerlo bien (porque de eso también era capaz). Había habido gente antes que se había acercado a mi y, al poco de conocerle, los había espantado con algún comentario. Soy demasiado lista para mi propio bien. Si, como "cierto detective increíble".

Así que decidí que me iba a enfrentar a lo que hubiera allá abajo. Tarde o temprano Sherlock pasaba a la acción, por eso sabía boxeo, bueno, pugilismo, que no es lo mismo exactamente que boxeo aunque yo, la verdad, no se cual es exactamente la diferencia. En mi cabeza es una especie de "boxeo elegante". Tampoco importa porque yo no tengo ni idea de pugilismo ni de boxeo ni de nada que sirva para pegarse. Mis padres están en contra de esas cosas, así que no me llevaron ni a karate. Pero lo que sí se hacer muy bien es correr. He corrido en varias competiciones de colegio y una vez fui a a un campeonato grande con otros colegios. Quedé cuarta, pero por poco. Corro más y mejor que todas las personas que conozco y eso, supongo, es una ventaja.

Cuando ya había decidido que iba a ir a buscar a Nacho y a su amigo del baloncesto allá abajo cometí un error imperdonable. De pronto pensé que, quizás, si Nacho era amigo mío o habíamos hecho un trabajo juntos, yo le tendría en mi móvil. Yo tenía un móvil que me había comprado mi padre (sin que a mi madre le hiciera ninguna gracia) en una de sus broncas-reconciliaciones. No lo usaba para llamar a nadie, pero me servía para buscar cosas en Internet y hacer fotos de pistas y pruebas. Pero pensé que era posible que tuviera a Nacho en mis contactos. Al fin y al cabo, en el

texto que había escrito contando como se preparaba para bajar tenía escrito, entre las cosas que decía que metía en su mochila, “Teléfono”. Conque es posible que pudiera llamarle.

Así que saqué el mío, busqué su contacto y, efectivamente, ahí estaba.

Marqué. Reconozco que no estaba nerviosa, era muy improbable que después de nueve días fuera a cogerlo nadie, pero ese pensamiento -que vino mientras escuchaba el primer beep- me produjo mucha inquietud. ¿Y si Miguel estaba muerto?

La conexión se abrió en el quinto pitido, cuando yo ya daba por hecho que no iba a cogerlo nadie.

Una voz que era una sola voz, pero parecía compuesta por decenas de voces, dijo en mi oído: “Baja, Beatriz, ven a verme, nosotros te estoy esperando” y me pareció sentir el frío tacto de una lengua bífida que me tocaba el lóbulo de la oreja.

Tiré el teléfono con un grito. Me lo quedé mirando, como si ahí dentro estuviera todo el horror del mundo. Cualquiera cosa podría salir de ahí. Noté que se me había acelerado tanto el corazón que lo notaba en las venas de las muñecas.

Hice lo que pude por calmarme sin dejar de mirar al móvil. Si apartaba la mirada suponía que desaparecería o se empezaría a mover como un animal. Pero no pasaba nada. Estaba quieto. Mi habitación parecía normal. No había peligro. No estaba allí el peligro, sino en ese parking. Pues claro que era peligroso. Era muy peligroso. Estaban desapareciendo niños y los estábamos olvidando. ¿Cómo no iba a ser peligroso?

Sherlock siempre se enfrentaba a casos que se resolvían racionalmente. No había fantasmas, ni brujas, ni nada parecido en las historias de Sherlock Holmes. Pero que hubiera allí algo realmente raro, incluso monstruoso, no quería decir (desde luego no iba a querer decir para mí) que dejara de pensar racionalmente. Me había imaginado que en el caso más extraño lo que habría allí abajo sería una especie de puerta, no algo vivo... Pero era bien posible.

Al fin y al cabo, si desaparece alguien y no se olvida, todo el mundo va a buscarlo, así que... Esa criatura (empecé a llamarlo así de una manera natural) debía conseguir también que nos olvidáramos de sus víctimas. Y la voz, esa voz de muchos que es una... Parecían niños. Y sabía mi nombre. Lo sabía porque se lo habría dicho Miguel. O quizás, algo peor, quizás “le había quitado” mi nombre a Miguel.

No tarde mucho en asumir que me enfrentaba a una criatura que se alimentaba de niños y que mientras los devoraba iba haciendo que nos olvidáramos de ellos. Si no hubiera llamado por teléfono habría tenido que procesar todo aquello en vivo y en directo. Supongo que habría sido mucho peor y más peligroso, pero desde luego me habría ahorrado la angustia.

De lo que no había duda es que ahora si que no podía no bajar. Si no bajaba era condenar a quién sabe cuantos más, quizás a mi misma si lo olvidaba tarde o temprano, a que aquello me atrapara. Además, y aquí asumo que quizás fui algo presuntuosa, no parecía muy lista. Si yo quisiera que alguien cayera en mi trampa no haría el asqueroso por teléfono. No. Era una criatura irracional, impulsiva. Un bicho.

Lo que es evidente es que iba a necesitar ayuda, pero tenía un plan.

Mi primera idea había sido colarme en el parking sin que me vieran. No era difícil, la garita del guarda estaba orientada a los coches, pero alguien de mi tamaño, del tamaño de cualquier niño,

podía entrar por el hueco entre la garita y la pared, por detrás, y entrar sin ser visto. Era muy fácil. Sin embargo ese plan ahora no me servía, quería que el guardia me viera, quería que me persiguiera hasta abajo para que viera aquello (fuera lo que fuera) con sus propios ojos.

Tomé también otra mala decisión, supongo que fruto del miedo y los nervios: Me llevé a Mycroft conmigo. Lo llevaba agarrado con su correa para que me sirviera de protección la tarde que bajé a aquel horrible lugar. Luego las cosas salieron... No voy a mentir, no salieron del todo bien. A pesar de ello, ir con Mycroft me daba seguridad. También llevaba conmigo una mochila, el móvil y algunos utensilios que, creía, me podrían ser útiles.

Lo hice unos días después, al terminar las clases. Hacía frío, un frío de esos de finales de año, en los que aún abrigada con el abrigo que me regaló la abuela parece que se puede ver el frío mismo, como que corta. Y con el cambio horario se hacía de noche tan pronto que casi parecía que al día se lo comía algo que se movía muy rápido.

Para cuando empecé a bajar con Mycroft la rampa del parking ya no había muchísima diferencia entre la oscuridad fuera y la oscuridad dentro. Mientras bajaba pude ver al guardia, con su aspecto aburrido y sus tatuajes, mirando el móvil primero y después mirándome a mi lentamente, como si poco a poco se fuera haciendo cargo de mi presencia. Empecé a andar más deprisa, para dejar claro que iba a entrar ante sus narices y provocarlo. Aún así, tardó en reaccionar, como que no entendía lo que estaba pasando. Supongo que tengo un especie de aspecto inofensivo. El caso es que hasta que no le había superado y ya estaba pasando justo por delante de la garita, no hizo demasiado. En ese momento salió de la garita y se dirigió hacia mi con un “¿Dónde vas?”.

Entonces empecé a correr.

La carrera me adentró muy rápido en la negrura del parking, que tenía apenas unas luces rojas en los pilares que separaban los coches y poco más que un reflejo sobre las superficies de los que aún quedaban aparcados. Mis pasos hacían eco y retumbaban en el suelo. En cualquier otra circunstancia ese sonido me habría parecido divertido y juguetón, seguro que me habría reído mientras corría, pero en esta ocasión todo me sonaba siniestro. Más siniestro aún cuando me di la vuelta y vi que el guardia no me seguía. Al principio sí, al principio había gritado “¡Eh!” y había salido detrás de mi, pero después se había parado, como si una barrera invisible le impidiera seguir avanzando y se había quedado ahí, quieto. Con el brillo de los ojos matizado por las luces rojas y como... ausente. Me quedé parada, mirándole. Y luego empecé a gritarle, le grité idiota, capullo, cretino, todo tipo de cosas para que me siguiera, pero seguía quieto, con la cabeza como la de un perro de esos de juguete que se mueven arriba y abajo. No sé si era exactamente así, pero habría jurado que se le escapaban las babas por el labio, era como si se le hubiera apagado el cerebro.

Cuando me di cuenta de aquello de una forma, digamos, profunda, me sentí abatida. No iba a bajar allí sola y mi plan había fallado. Tendría que volver a casa.

Entonces Mycroft ladró dos veces con una furia que yo jamás le había visto y tiró de mi para seguir bajando. Estaba como loco, miraba en dirección a las rampas que descendían a los niveles inferiores del parking y ladraba sin parar. Noté la tensión en el brazo y me rendí a la posibilidad de evitar que se soltara. En vez de eso salí corriendo arrastrada por su fuerza. Aguante diez o doce pasos medio corriendo medio tirando de él. Fue imposible, ladraba, gruñía y corría con una energía que hacía que me doliera primero un brazo y muy pronto los dos, porque necesitaba los dos para evitar que se soltara. Bajamos un piso así y luego otro. El guardia había desaparecido y la sensación que yo tenía era la de moverme en una oscuridad en la que sólo el perro sabía ver, realmente. Si es que sabía, porque parecía ciego de rabia. Clavé entonces las piernas en el suelo para intentar que se parara y

poder pensar, pero fue imposible. De un nuevo tirón me terminó de desequilibrar y me fui al suelo, la correa se soltó de mi mando y el Mycroft, mi único aliado y mi guía, desapareció en la oscuridad.

Me había hecho daño en las rodillas y tenía las palmas de las manos rojas y doloridas de sujetar la correa. Tirada allí con la cara contra el asfalto, me entraron ganas de echarme a llorar. Me sentía perdida y me daba un poco de vergüenza haberlo hecho todo tan mal. Pero me contuve. Apreté los puños, cerré los ojos con fuerza, como si con ello pudiera borrar cualquiera lágrima, y me puse de pie. Intenté concentrarme, mirar más allá de la oscuridad y acostumbrarme a la falta de luz. Poco después pude distinguir el leve brillo de algunos coches y la sucesión de luces rojas de emergencia que marcaban una especie de camino.

Me di cuenta en ese momento de que ya no escuchaba a Mycroft. Al principio había oído su ladrido perderse en el piso inferior, pero en algún momento debía haber dejado de ladrar sin que yo me diera cuenta. Aquello me puso aún más nerviosa, pero me dije que tenía que seguir. Ahora tenía que rescatar a dos chicos y a un perro. Pronto, suponía, tendrían que rescatarme a mi también, pero no pasaría, porque... ¿quién se iba a acordar de mí? Yo no tenía amigos, para mis padres era un estorbo, no era la favorita de ningún profesor y, por supuesto que no era detective. Sentí una presión en el pecho y muchas ganas de llorar. Volví a contenerme. Quizás era eso lo que te hacía ese lugar, se te iba llenando el pecho de angustia hasta que te quedabas quieta y ya no querías salir. Me paré, respiré hondo dos veces, me obligué a dejar de pensar en todas aquellas cosas que me provocaban dolor.

– Soy detective – murmuré – Soy Sherlock Holmes.

Miré en la mochila y saqué mi teléfono móvil. Dudé si encender la linterna del teléfono, pero suponía que para ese momento, lo que fuera que hubiera allá abajo ya debía saber que estábamos allí... Con el escándalo que había montado Mycroft debían saberlo incluso desde fuera del parking. Así que la encendí y empecé a andar, a tientas primero y luego con pasos más fuertes y haciendo más ruido. El ruido de mis propios pasos me hizo sentir bien, el eco de mi misma golpeando el suelo me parecía una buena manera de decir “aquí estoy”. Empecé a golpear más fuerte y a bajar. También andaba más rápido, como dando saltos. Para ser valiente hay que tener miedo. Sin miedo no eres valiente, solo eres idiota.

– ¡Soy Sherlock Holmes! – Esta vez hablé a gritos.

Y entonces lo escuché. Era como un siseo, como el sonido de una serpiente pero con varias voces a la vez. Era parecido al del teléfono. Y estaba ahí, ahí abajo, sólo un poco más hacia delante, justo al fondo de la planta, en una esquina detrás de un coche. Fué como si todos mis sentidos se concentraran ahí.

Rebajé la velocidad y el ruido. Apagué la linterna de nuevo y empecé a andar, supongo que sin darme cuenta, medio agachada, forzando el silencio. Estaba ahí. Lo notaba. Era una especie de... “bulto”.

Estaba en una esquina que tenía rota la luz de emergencia. Había también una puerta como de metal, sucia y gastada, que debía dar a un cuarto de luces o a algún otro lado. No sabía si me había visto o no porque sólo distinguía su volumen y un poco su forma.

Di un paso más. Era un poco más grande que un adulto, aunque estaba como encorvado y todo lo demás eran protuberancias.

Seguí acercándome y distinguí un poco mejor el cuerpo. No tenía ropa, era todo una especie de piel y pelo negruzco, como quemado. El sonido bífido era más intenso cuando te acercabas. Ahora no sonaba como el siseo de una serpiente, era más bien... Como cuando alguien lame un helado sólo que con varias lenguas a la vez. Algo así. Al escucharlo bien sentí un asco enorme y me quede clavada por el terror.

Estaba lamiendo algo que no podía ver, así que llegué a la conclusión de que estaba de espaldas. En vez de seguir acercándome, empecé a rodearlo, poniéndome a cubierto entre dos coches. Ahí empecé a distinguir otros detalles, como el olor. Olía como a azúcar quemado. Un olor agradable, pero demasiado intenso, baboso. Noté que en la parte delantera del cuerpo tenía una especie de garras que agarraban algo...

Era el cuerpo de un chico. Tenía entre los brazos los restos de un chico joven, un niño, como yo. Tenía aún los pantalones puestos, pero la parte de arriba de la ropa ya no la llevaba. Había partes del cuerpo que estaban completas, perfectas, normales, pero otras habían desaparecido. En algunos sitios se veía directamente el hueso y otros los músculos o la piel. La criatura estaba lamiendo y chupando parte del cuerpo con concentración absoluta. Pude ver las lenguas. No se cuantas eran, un montón, se dispersaban y se unían mientras tocaban el cuerpo y sonaba una especie de “ris ris ris”, como si lo fueran raspando.

Se me saltaron las lágrimas del horror y quise chillar, ¿lo hice? No lo recuerdo. No recuerdo muchas cosas de lo que pasó después de eso. Quizás lo hice y eso fue lo que lo alertó. No lo sé. Pero algo me agarro del pie y me tiró al suelo.

Además de los brazos tenía una especie de tentáculos. ¿Dónde tenía los ojos? ¿O los oídos? No lo sé.

– Ya estas aquí para que nosotros te coma – dijo. Y luego hizo un ruido horrible que destilaba gozo y excitación. Se había puesto nervioso con la perspectiva de comerme.

Chillé y patalee, pero el tentáculo que me había cogido y ahora me arrastraba hacia la criatura era muy fuerte. No tenía ninguna posibilidad. Pronto estuve colgando ante ese conjunto horrible de lenguas.

Había dejado al otro chico en el suelo, como quién tira un caramelo a medio terminar porque quiere dedicarse por entero a una nueva chuchería.

– Tenemos hambre – dijo – El tiempo es largo.

Le escupí. Me siento bastante orgullosa de ese momento, pero no diría que fue un acto de valentía, más bien de desesperación. En cualquier caso he creído que debías saberlo. No estaba llorando, ya no. Le estaba escupiendo. Supongo que hay un momento que el miedo se agota y apareces al otro lado. En un lugar dónde la certeza te vuelve un poco loca. Yo sabía que iba a morir.

Recuerdo la primera lametada. El esfuerzo por mantener la conciencia a través de una nube de picor leve, pero constante y que actuaba como una especie de veneno. Dónde posaba la lengua quedaba rastro de baba y se me ponía roja la piel. No puedo asegurar cómo lo hacía, pero estoy segura de que aquello me miraba, disfrutaba de su nuevo juguete, su nuevo ALIMENTO.

Su forma de actuar y de moverse era como la de un bebé ansioso, no atendía a nada más que a lo que tenía delante, que en ese caso era yo. Igual que cuando había llamado por teléfono no había tomado una decisión racional, sino que me había buscado sin pensar las consecuencias, ahora estaba

totalmente concentrado en mí y vibrando con cada pedazo de mí que me arrancaba con cada lametón.

Supongo que por eso no vio llegar a Mycroft.

El perro apareció detrás de la criatura y saltó sobre ella con un nuevo ladrido. Sus dientes se clavaron en el tentáculo. La criatura chilló de dolor y me dejó caer. Mycroft seguía agarrado al tentáculo, mordiendo con rabia. Yo miré a mi alrededor, tanteé el suelo buscando algo (lo que fuera) con lo que atacar a aquella criatura. ¿Dónde había dejado mi mochila? Se me había caído al ser capturada. Estaba un par de coches más allá. En la mochila tenía algo que podría servir, pero tenía que llegar hasta allí. Miré a Mycroft y compartimos un momento de comprensión y conexión del tipo que sólo se puede tener a veces con un animal. Mordió más fuerte, se separó después y, cogiendo carrerilla, saltó como un loco encima de la criatura, empezó a treparle por la espalda, ladrando, mordiendo y dando vueltas. Yo gateaba por el suelo, pasando por debajo de los coches. El tentáculo, aún dolorido, pero ya liberado de las garras de Mycroft, intentaba agarrarme, pero yo ahora estaba preparada, lista para no cometer de nuevo el error de antes. Iba en zig zag o rodaba por el suelo sin dejarme coger. Camino de mi mochila. Detrás de mí escuchaba los ladridos.

Llegue hasta la mochila, que estaba tirada en el suelo, y metí la mano para buscar, intuitivamente, el viejo remedio para arañas de mi pueblo. El viejo remedio para arañas de mi pueblo es algo que había visto hacer a mis primos mayores en verano. Con un bote de laca y un mechero podría chamuscar a una araña hasta dejarla carbonizada. Esto era bastante más grande que una araña, pero tendría que servir.

Esta vez ya no me escondí. Sali corriendo de entre los coches en dirección a la criatura. Fue en ese momento cuando vi que las cosas estaban yendo muy mal para Mycroft. Estaba inmovilizado por aquel bicho horrible y una de las lenguas estaba dentro de su garganta. Creo que si hubiera parado un segundo a pensar me habría quedado allí, parada y derrotada por el horror y la pena, pero no pensé. Estiré el brazo con el bote de laca bien agarrado, puse debajo el mechero que tenía mi padre en un cajón de casa, un clipper de color naranja transparente, y lo encendí.

Brotó una llamarada en dirección a las lenguas que le prendieron también en varias partes del pelo negro asqueroso. Inmediatamente soltó a Mycroft, que cayó al suelo y se quedó muy, muy quieto. Tampoco pensé en él, en su falta de movimiento, en que me había salvado la vida, y seguí apretando laca y gas del mechero y empujando a la criatura hacia la esquina del parking. A la luz de la llama, que no era demasiado grande, pude sus contornos con más nitidez y, de alguna manera, hizo que me sintiera más segura. No era tan grande como había parecido en un primer momento. Era una bola de pelo, piel y bocas, con dos garras y, ahora si lo veía, muchos pequeños ojitos que se abrían y cerraban.

Seguí quemando y avanzando, me quemaban los dedos pero no podía soltar aquello, tenía que seguir. Las lenguas se quemaron y los ojos también. Chillaba como un animal vivo a medio cocer. Era un grito horrible. También empezó a patlear de dolor como yo había pateado cuando su tentáculo me había cogido.

En uno de esos pataleos se tropezó con el cuerpo del niño del que disfrutaba cuando yo había llegado. El pobre Miguel. Se cayó al suelo y ahí ya me lancé a darle patadas y más patadas hasta que se quedó quieto.

Hasta que no dejó de moverse y chillar no reparé en el sonido de la respiración de Mycroft, detrás de mí. Sonaba como un fuelle agotado, como si intentara buscar un aire que ya no encontraba.

Me acerqué a él y lo abracé. Le abrí las fauces y vi que tenía toda la garganta hinchada. Se estaba ahogando. Me quedé allí, sin poder hacer nada, mirándole a los ojos y acariciándole hasta que murió. Si no hubiera ido con él allí abajo ahora yo estaría muerta. No recuerdo llorar, pero cuando me llevé las manos a la cara de nuevo, mis ojos estaban llenos de lágrimas. Me sentía vacía. ¿Había servido para algo todo aquello?

Entonces vi de nuevo la puerta metálica y me di cuenta de que estaba entre abierta y una pequeña franja de luz anaranjada parecía asomar desde el interior. Me puse en pie, empuñé de nuevo el remedio para arañas y caminé hasta la puerta. Pesaba un poco y estaba medio oxidada pero se podía abrir sin mucha dificultad. Al abrirla, la luz naranja se desparramó hacia el exterior. Provenía de una bombilla de techo, como si fuera una señal de tráfico o algo así. Dentro había unas escaleras que descendían. Decidí no pensarlo mucho y empecé a bajar peldaño a peldaño.

En el interior el aire era cálido, más pegajoso. Al poco de empezar a bajar sentí una sensación de agobio, pero seguí avanzando. Era una escalera estrecha, pero alargada. Pronto la luz que estaba al lado de la puerta no fue suficiente para ver, y mi móvil estaba roto. Así que seguí avanzando a tientas en la oscuridad, muy poco a poco, intentando ver a través de lo que oía y olía. Y lo que oía era una respiración angustiada que se iba a aproximando y lo que olía era... La verdad, era asqueroso. Olía a carne en putrefacción. Cuando me di cuenta tuve una reacción instintiva: Dos arcadas seguidas de un leve vómito. No tenía nada en el estómago. Noté la bilis en la boca.

Al terminar la escalera había una especie de estancia y otra puerta. Había otra luz, esta vez blanquecina, como de emergencia, encima de la puerta. El gimoteo y el olor venían de allí. Caminé un poco más deprisa y abrí. Al abrir la temperatura subió y la sensación pegajosa del aire se hizo más insoportable, igual que el olor.

En el centro de la habitación, apenas una sala sin paredes ni ventanas, un hueco más que otra cosa, estaba Nacho. Me gustaría contar que, al verle, vinieron a mi mente todos los recuerdos sobre él que había olvidado, pero no fue así. Asocié esa cara a su nombre y poco más. Me sonaba su ropa, sus gafas, los mofletes regordetes, el pelo negro con un flequillo horrible, los mocos bajo la nariz como una vela inversa constante. Estaba sucio, tenía un aspecto un poco enfermizo y me miraba con los ojos muy abiertos, llenos de terror. A su alrededor había ropa, carne y huesos. Restos de otros niños y niñas. Quién sabe de cuantos. Devorados, olvidados. Me estremecí. Me llevé la mano a la cara para taparme del olor y le tendí la mano para que se levantara.

– Está muerto – dije – Lo he matado.

Reconozco que quería dejar claro quién había sido la responsable de la hazaña por lo que pudiera pasar después. Sé que está muy feo pensar algo así justo en ese momento, pero me salió sin darme cuenta. Tampoco me parece que esté tan tan feo. Es lo que había pasado.

El si incorporó. Se le medio caían los pantalones. Se sorbía los mocos.

– Mycroft ha muerto – pensé que cualquier otro momento para decirlo sería demasiado horrible y triste y ese ya no podía ser más horrible y más triste – Me ha salvado la vida.

– ¿Seguiste el diario? – me dijo.

Asentí con la cabeza. Cuando estuvo a mi lado nos miramos y, a pesar de las ganas que tenía de salir de allí, nos abrazamos. El abrazo me trajo algunos otros recuerdos. Rastros de conversaciones entre los dos. Discusiones sobre “quién era Sherlock Holmes”, también la extrañeza de abrazarnos. Supe que jamás nos habíamos tocado más allá de un empujón en broma (o no tan en broma) Me dio igual, estaba temblando de miedo y de frío. Le seguí abrazando. Era mi amigo. Eramos amigos.

– ¿Te ha hecho algo? – le dije.

Negó con la cabeza. Negó una y otra vez. Murmuró un “Miguel” y yo murmuré una especie de “Ya” que quería decir más “ya no existe” que “ya lo sé”.

Recorrimos el camino de vuelta. Hacia arriba era más sencillo porque se veía la luz de la zona superior. Volviendo me di cuenta de que no era tan larga la escalera. Nacho subía apoyado un poco en mi, pero no estaba muy débil.

Al llegar arriba intenté que no mirara a la criatura, ni a Mycroft, ni a Miguel. Que no viera todo aquello, pero fue imposible. Supongo que yo tampoco podía evitar mirar. Se quedó muy quieto durante no se cuanto rato. Luego le dio una patada al bicho, como para confirmar que estaba muerto. Me miró.

– No podemos dejarlos aquí.

Yo me agaché y recogí a Mycroft y Nacho se agachó y fue a por Miguel. Al tocarlo, los pedazos de carne se separaron de los huesos y los huesos se separaron entre si. Fue como si ya no quedara nada que lo uniera, solo una montaña de polvo. Dio igual. Miguel recogió cada pedazo con cuidado y delicadeza. Pensé entonces en el tiempo que habrían pasado los dos solos ahí abajo esperando a que “aquello” se los comiera. No era capaz de imaginarme lo que había sido aquello, y sigo sin saberlo.

Enterramos a Mycroft y los huesos de Miguel en un descampado cercano al colegio. Ninguno de los dos lloramos. Ya no lloramos más. Cuando terminamos de hacerlo era muy de noche. No había pensado en mi familia hasta ese momento. Sentí la obligación de volver a casa, pero no el deseo.

– ¿Vas a ir a casa? – le dije a Marcos – Tu madre lo estaba pasando muy mal.

– ¿Se acordaba de mi?

– No. Por eso.

– ¿Se acordará al verme?

Me encogí de hombros.

– Al principio, creo que no.

Yo no me acordaba de él al principio.

Nos separamos con un abrazo y con la promesa de vernos al día siguiente en el colegio. Al despedirnos, un poco por animarle, le dije...

– Y si quieres, puedes ser tú Sherlock.

Y él dijo, “vale”.

Esperaba que él me dijera “No, Sherlock eres tú”, pero no. Supongo que qué fuera una persona tan molesta formaba parte de lo de ser amigos. Al verle alejarse me dio otra vez mucha pena y me entraron otra vez ganas de abrazarle, pero no lo hice. Quise decirle que ya había pasado todo, pero sabía que no era verdad. Era imposible que hubiera pasado todo. No sabía como iba a dormir yo aquella noche, me daba miedo cerrar los ojos y que mi mente empezara a procesar todo aquello. Nacho lo tenía mucho más difícil.

Luego pensé en cómo iba a explicar en mi casa que había llegado tan tarde, que tenía el abrigo de la abuela destrozado y que había roto el móvil, pero estaba tan cansada que no encontré nada que decir, así que simplemente me arrastré hasta casa.

Allí me di cuenta de lo que había pasado. Al fin y al cabo a mi también me había lamido aquella cosa.

Mi madre se quedó de pie, en la puerta, un poco de la misma forma en la que se había quedado de pie la madre de Nacho en aquel pasillo. La miré, le dije que sentía llegar tarde, y ella me dejó entrar sin comentar nada. Totalmente el calma. Apareció mi padre en el hall de la casa. Me miró de una forma similar. Le dije que había roto el móvil, creo que con el único objetivo de que se enfadara y reaccionara, o que discutieran entre ellos. En fin, “algo”. No pasó nada. Se encogió de hombros y lo dejó estar.

En clase al día siguiente pasó algo similar. La gente se daba cuenta de que estaba allí, pero no terminaban de reconocermme, ni demostraban ninguna emoción especial. Si el profesor preguntaba en clase a mi jamás me elegía para responder, aunque hubiera levantado la mano. Si respondía yo saltándome el turno simplemente decían “eso es” (suelo acertar las preguntas) y seguía con lo suyo. Mi caso, con todo, era menos grave que el de Nacho. A Nacho prácticamente no le veían. Su madre, por ejemplo, se le quedaba mirando y se ponía a llorar y otras veces se asustaba al verle, de pronto, y al rato se le volvía a olvidar que estaba allí.

Los dos suponemos que en el algún momento pasará y, poco a poco, la gente volverá a reconocernos, pero mientras tanto hemos decidido sacarle partido a todo esto. Si nos necesitas podemos ayudarte, podemos colarnos en cualquier parte y descubrir cualquier chanchullo, nadie repara en nosotros. Somos los mejores detectives del mundo después de Sherlock Holmes, pero tienes que hacernos caso y escucharnos.

¿De acuerdo? No te olvides.